

"El día libre"

de

Luis Alberto Serrano

Relato Corto

EL DÍA LIBRE



Luis ALBERTO SERRANO

Contacto:

www.luisalbertoserrano.com

E-mail: produccion@luisalbertoserrano.com

Twitter: @luisalserrano

"El día libre"

de

Luis Alberto Serrano

Aquella obsoleta oficina reflejaba la personalidad de su dueño. Austera, anticuada y, lo que es peor, desvencijada hasta hacerse incómodo de trabajar en ella. Cuatro personas la ocupaban sabiendo que no era lo que habían soñado para sus vidas. Pero, a veces, no hay más remedio que aceptar la caprichosa realidad. En una época en la que escasea el trabajo, no se puede decir que no a cualquier oferta. Pocos habían acabado saliendo de esa empresa. Eso sí, los que salieron lo hicieron con la misma sensación que el que se quita de la espalda una mochila llena de piedras.

En base a los años trabajados, todos acabaron con sumisión y quejándose más bien poco. Don Claudio, el jefe, no salía casi nunca de su despacho pero se le temía igual. No hacía falta dar instrucciones a unos empleados a los que la fuerza de la costumbre hacía que supieran realizar bien sus rutinarios trabajos.

Juan llevaba allí desde que salió de la mili. No ha hecho otra cosa que gestionar los vales de transporte que, cada uno de los camiones de la empresa, realizaba a diario. Al final de mes tenía que entregar el listado de cada camión y los viajes de arena que había hecho para que Alfredo pudiera hacer las facturas por el total. Vestía siempre igual porque tenía tres trajes muy parecidos, con lo que, con el tiempo, te daba la sensación que era parte del mobiliario de su mesa. Alfredo era mucho más joven, entro en la empresa por el fallecimiento del anterior economista. Lo reclutaron del último año de carrera porque necesitaba trabajo para pagar sus estudios. Con un necesitado siempre se puede negociar mejor a la baja. Le costaba estar callado las ocho horas de trabajo, pero como nadie hablaba pues se tenía que aguantar.

En la oficina también estaban Luisa y el cajero. Ella, siempre malhumorada, se encargaba de la logística. Tenía que conseguir todo lo que los camiones y sus conductores

"El día libre"

de

Luis Alberto Serrano

necesitaran para hacer su trabajo en condiciones. Mínimas, pero en condiciones. El cajero solo venía los cinco últimos días de mes para reforzar al equipo durante el pago de las nóminas a los trabajadores y a liquidar con los proveedores en los dos primeros días del mes.

Don Claudio era listo. Había heredado la empresa de su padre que era más listo aún. Aprendió mucho de él. Una de esas cosas que más se le quedaron grabadas, es saber que los clientes preferirán contratar con tu empresa cuando cobran siempre en el momento adecuado. Eso lo llevaba a rajatabla. Otra cosa que su padre le inculcó a fuego fue que el estricto cumplimiento de las normas y la disciplina son claves para que una empresa sea eficaz y, por extensión, rentable.

Hoy, Alfredo se levantó con la pila de la rebeldía bien cargada. Después de leer el periódico a escondidas llama a sus compañeros. Lo cual no era muy usual. Hacer una reunión los 4 juntos no se recordaba en esa oficina. "Shsst, vengan acá, por favor" tuvo ya que suplicar. "Quiero que Don Claudio me de el resto del día libre".

El escándalo general hubo que contenerse para no hacer ruido y hacer que saliera Don Claudio de su cueva. Juan se atreve, aprovechando su veteranía, a decirle a Alfredo que en veinte años que lleva en la empresa nunca le ha dado un día libre a nadie. Solo los estrictamente necesarios que marca la ley. Y gracias a eso.

"¿Quién quiere apostar conmigo que lo consigo?" dijo con un tono de seguridad que los demás interpretaron como un desprecio hacia su propio dinero. Había formas más lógicas de malgastarlo. Con remisiones, por lo novedoso de hacer algo los cuatro juntos, todos acabaron aceptando el reto. "Dinero fácil para el bolsillo" llegó a decir el cajero.

"El día libre"

de

Luis Alberto Serrano

Pues todos pongan veinte euros en la mesa y que Don Claudio decida quien se lleva el dinero. Todos lo ponen menos Luisa que firma un papel. Era un poco de la cofradía del puño cerrado y nunca llevaba tanto dinero en el bolso.

Alfredo, girándose para mirar a sus compañeros antes de entrar en el despacho, toca con los nudillos en la puerta y cuando oye la voz de "adelante", entra con fingida timidez. "Buenas, Don Claudio, si me permite quería pedirle un favor si fuese capaz de mantener un secreto". Don Claudio un escuálido sexagenario tenía un rictus agrio que le venía de serie. Posiblemente no había sonreído ninguna vez en su vida y eso se reflejaba en su rostro.

Lo de que un empleado entrara a pedirle que si era capaz de guardar un secreto lo había inquietado. Creo que por eso lo dejó hablar sin interrumpirle. Alfredo siguió tras notar que había captado su atención. "Don Claudio, la semana que viene es el cumpleaños del señor Juan. Los demás compañeros hemos organizado una comida para celebrarlo. Sesenta años no se cumplen todos los días. Pero tenemos un problema. Hemos perdido el teléfono del restaurante donde hicimos la reserva y tengo que ir hoy, en persona, a pagar la fianza", mintió Alfredo poniendo carita de "si no me ayudas no sabemos que vamos a hacer". Le funcionó la estrategia.

Don Claudio tuvo palabras de felicitación por la iniciativa. Quizás tuviera razón en que una buena relación entre los empleados puede reactivar el rendimiento en el trabajo. Con lo cual, no solo le dio el día libre si no que aportó una parte económica para que se le comprara la mejor tarta que pueda haber en las pastelerías de la zona.

Juan sale del despacho de Don Claudio serio y haciendo una leve reverencia antes de cerrar la puerta a sus espaldas. Los demás, expectantes como no se habían visto nunca ellos

"El día libre"

de

Luis Alberto Serrano

mismos. Alfredo lentamente se acerca a donde está el dinero y de sorpresa lo recoge y sonríe a los demás. Como joven que es, empieza a pavonearse de haber ganado ese dinero y no solo eso. Además se va para su casa. Coge la chaqueta y haciendo otra reverencia, ésta más burlona, sale de la oficina. Los demás se quedan boquiabiertos y se miran unos a otros.

Están los tres en la mesa de Luisa intentando descifrar como habría podido ablandar su rectitud, cuando aparece Don Claudio y los asusta. Aunque venía con tono beligerante, ver un corrillo en esa oficina también le pilló a él por sorpresa. Después de una seca y seria reprimenda, bajó el tono de su locución para felicitar a Juan por su próximo sesenta aniversario. Juan, extrañado le contesta que está confundido, que no es su cumpleaños. Don Claudio, teniendo claro que a él sería a la última persona a la que invitarían a una fiesta, le implora que no sea modesto, le felicita, además por la discreción que siempre ha demostrado en la empresa y que, sin que sirva de precedente, le añadiría veinte euros en la nómina de ese mes.

Al día siguiente, según entran a trabajar y después de los preceptivos y mutuos "buenos días", Alfredo pasa por la mesa de Luisa para cobrar su pagaré por valor de veinte euros. De repente, suena el teléfono de la mesa de Alfredo. "Señor Alfredo, venga a mi despacho" sonó contundente la voz desde el otro lado del auricular.

Don Claudio saca de una carpeta la ficha personal de Juan. Alfredo intuye lo que le va a decir. En esta ficha se demuestra que la semana que viene no es el cumpleaños de Juan y ni siquiera cumple sesenta años. Intenta algunas excusas pero no hila nada coherente hasta que acaba reconociendo que era para ganar una apuesta. Había apostado veinte euros con sus compañeros a que era capaz de conseguir el día libre. Con esos sesenta euros quería llevar a una chica que estaba conociendo a dar una vuelta en avioneta por encima de la

"El día libre"

de

Luis Alberto Serrano

ciudad. Se jugó la baza del amor para calmar la ira.

El viejo era buen estratega, como lo fue su padre. Siempre pensando en cómo poder sacar rendimiento de cualquier circunstancia. Alfredo le producía mucha pena porque su padre había sido el único amigo de verdad que había tenido en este mundo, pero estaba empezando a cansarse de su falta de disciplina. Aun así, él sabía cómo sacar el mejor provecho a esa situación. "Alfredo, muchacho, las cosas si se hacen hay que hacerlas bien. Tu plan tenía demasiados flecos sueltos por lo que estaba abocado al fracaso. Y ahí tienes el resultado". La falta de ira en sus palabras cogió al muchacho a contrapié. "Vamos a hacer una cosa" le dijo mientras se levantaba y se acercaba a él.

"Vas a decirle a tus compañeros que apuesten doscientos euros a que eres capaz de conseguir que yo te dé una semana extra de vacaciones". En total, ganarías seiscientos euros que se quedarían en trescientos si los partimos a medias" expuso con calma el jefe saltándose su rectitud. Alfredo no sabía que hacer. Todo le parecía surrealista. Es como si ese día no hubiera amanecido todavía y todo pertenecía a un sueño cargado de remordimientos. Pero no, eso era real y él estaba ahí.

Alfredo sale y le dice a sus compañeros que, obvio, estaban expectantes e intrigados. "¿Qué te ha dicho?" le interrogaron los compañeros. "Nada, que a cambio de las horas que perdí ayer me va a encargar unas tareas extras. Pero no las voy a hacer. No sólo no las voy a hacer si no que, además, me voy a tomar una semana de vacaciones. ¿Quién es capaz de apostarse 200 euros?". Tres minutos de reloj duro el silencio ante tal asombro. Antes de que alguien articulara palabra, empezaron las miradas de unos a otros.

Todos acabaron firmando un pagaré por valor de doscientos euros. Eso sí que era

"El día libre"

de

Luis Alberto Serrano

dinero seguro. Una semana sería mucho más que imposible. Además, recuperarían el dinero perdido en la otra apuesta.

Alfredo entra en el despacho de Don Claudio y al rato sale. Si la primera vez estaban expectantes, ahora esa expectación se mezclaba con el miedo a perder los doscientos euros. Como hizo la otra vez, pero esta ya con la sonrisita en los labios se acerca a la mesa a recoger sus pagarés. Llega hasta su mesa, coge su chaqueta y antes de salir por a puerta se gira para soltar una carcajada y un "hasta la semana que viene".

Una semana después, Alfredo llegó el primero a la oficina. Cosa que no ocurría nunca. Se puso en la puerta para ir cobrando los doscientos euros a cada uno de sus compañeros, que con malos modos le fueron entregando uno a uno. Cuando tuvo los seiscientos euros se fue a su sitio a esperar la llamada de Don Claudio. Ésta no tardó en producirse. Se levantó y entró en su despacho ya casi sin esperar que le dieran permiso, haciendo un alarde de confianza.

No lo dejó hablar. Según entró, le pidió que se sentara y le soltó todo de un tirón. "Señor Alfredo, lleva usted una semana sin venir a trabajar injustificadamente y eso es motivo de despido". El joven intentó explicar que él mismo le había dado el permiso, pero no le dejó ni comenzar la frase. "Hace tiempo que me molestan sus faltas de disciplina y su falta de puntualidad. Ya quisiera yo que usted hubiera sido la cuarta parte de lo buen trabajador que fue su padre. Me ha puesto a huevo que lo expulse de esta empresa conocida por su rectitud y sus buenas formas. Perdone que le diga, pero usted no encaja aquí", acabó diciendo.

Le pidió que fuera él mismo el que se lo comunicara a sus compañeros si lo prefería.

"El día libre"

de

Luis Alberto Serrano

Más que nada por evitarle la vergüenza de tener que oír el relato. Que se lo contara él mismo de la forma más cómoda que le pareciera.

El chico salió haciendo de tripas corazón. Volvió a reunir a sus compañeros. "Gente aquí pasa algo raro. Don Alfredo no solo me ha preguntado por mi semana libre, es decir, me ha hecho una pregunta sobre mi vida privada, sino que además, me ha pedido que os diga que en la paga de Navidad dará un suplemento para todos de quinientos euros por nuestra disciplina incondicional durante todos estos años". Todos se alegran entre la sorpresa y la incredulidad.

Alfredo se pone serio. "Me la juego de una vez por todas". Os apuesto esos quinientos euros de más a que soy capaz de sacarle un mes entero de vacaciones. Todos aceptan. Alfredo entra en el despacho de Don Claudio. Le pide disculpas y le implora que no lo despida. No hay solución. En los tipos de regímenes totalitarios, las traiciones se pagan muy caras. Juan se van si ni siquiera darle la mano a su, ya, exjefe.

Demostrando seguridad en sí mismo, salió del despacho y, como si fuera un ritual, pasó por la mesa, cogió los pagarés, saco la chaqueta de su colgador y antes de salir se rió irónicamente. "No sólo me voy de vacaciones, no. Además, va a poner un sustituto para hacer el trabajo hasta que yo llegue y luego se quedará con nosotros. Con uno más, menos trabajo para todos". Y se fue sonriendo.

Un mes después. Alfredo llegó el primero a la oficina. Cogió los tres fajos de quinientos euros de cada uno y en vez de entrar a la oficina, se fue a la calle. Todos se quedaron perplejos porque no entendían. Su avaricia los hizo una presa fácil.